

ma republicano. Agréguese á esto, que tuvieron una educacion republicana, que la forma de su gobierno interior era republicana, y que los malos principios y vicios de que adolecia, se modificaron por medio del salutífero freno que les imponia la monarquía, á que estaba sujeto aquel pueblo. Los americanos formaron su constitucion, despues de haber sostenido una guerra dilatada, durante la cual por medio de la disciplina militar, aprendieron á respetar el orden, la obediencia, y á mirar con veneracion á los hombres ilustres. Aprendieron lo que un rey de Esparta, hablando de su pais, dijo que le faltaba que aprender todavía; es decir, el arte de mandar y obedecer. Condújoles á la guerra el gobierno, y no las maquinaciones, el homicidio ni las matanzas.

“¿Pero qué diremos de los antiguos canadianos, quienes por componerse de mayor número, merecen que con mayor cuidado se les atienda? ¿Les formaremos una constitucion francesa, una constitucion que está fundada sobre principios diametralmente opuestos á los que se proclaman en la nuestra, y que no se asemeja á ella en un solo punto siquiera; que difiere tanto de la nuestra como el vicio de la virtud, como se diferencian entre sí los mas opuestos extremos que ecsistan en la naturaleza? ¿Les daremos en fin una constitucion que tiene por base eso que se denomina derechos del hombre? Pero ecsaminemos esta constitucion por los efectos que su práctica ha producido en las colonias francesas de la India Occidental. Aquellas colonias, á pesar de

las tres calamitosas guerras que sufrieran, se hallaban en el estado mas venturoso y floreciente, antes que llegase á su conocimiento que ecsistian los derechos del hombre. Tan luego como comenzaron á poner en práctica ese sistema, no pareció sino que la caja de Pandora llena de los mas destructores males, se habia abierto; no pareció sino que el infierno mismo espelia de sí á todos sus maléficos espíritus para que se esparciesen por toda la superficie de aquella tierra. Los negros se levantaron contra los blancos, los blancos contra los negros, y se hicieron unos á otros una guerra sangrienta; desconocióse toda sugesion, rompiéronse los vínculos sociales, y cada hombre se mostró sediento de la sangre de su vecino.

“Espíritus negros y blancos, espíritus azules y pardos; mezclaos, mezclaos, mezclaos.”

“Todo se volvió movimiento y alboroto, discordia y sangre desde el punto en que circuló por entre los colonos esa doctrina; y firmemente creo que donde quiera que los derechos del hombre se proclaman ó se proclamaren, infaliblemente sucederá lo mismo. La Francia, que habia generosamente obsequiado á sus colonias con el precioso don de los derechos del hombre, no gustó mucho de que sus hijas la imitasen, y destacó sobre ellas un cuerpo de tropas muy imbuidas asimismo en los derechos del hombre, á fin de que el orden y la obediencia se restableciesen. No bien hubieron llegado estas tropas á su destino, cuando en fuerza de la instruccion



que tenían en los principios de la ciencia política, juzgaron de su deber tomar parte en la sedición, y comenzaron á ejercer sus derechos degollando á su general.

“Hoy se sostienen en nuestro seno esas perjudiciales doctrinas, cuyas terribles consecuencias deseo y ambiciono evitar, defendiendo con todas mis fuerzas, en todas sus partes, á la constitucion inglesa. Acostúmbrase ahora, por cierto partido, tributar los mejores elogios, á cada paso, á la constitucion francesa; y quien elogia á la constitucion, elogia á la Revolucion, supuesto que aquella es parte de esta. A tal extremo ha llegado esta preocupacion, que todo aquel que desaprueba la anarquía y confusion que se han desarrollado en Francia, y no sostiene la opinion de que habrán de dar por resultado el orden y la libertad, es declarado desde luego por enemigo de la constitucion inglesa; —acusacion á un tiempo falsa, injusta y calumniosa. Las doctrinas de tal naturaleza siempre fueron perjudiciales; pero doblemente lo son cuando se las vé sancionadas bajo nombres tan distinguidos como el que lleva el muy honorable personaje que me ha precedido en la palabra, cuyas opiniones son de tanto peso, y que sin embargo, no ha vacilado en esta misma discusión que se sostiene, en decir de la constitucion francesa, que es la obra mas gloriosa y admirable que formara jamas la sabiduría humana.

“Esa constitucion, ó Revolucion, ó sea cual fuere el nombre que quisiere dársele, no puede ser benéfica á la causa de la libertad, y solo ser-

virá, por el contrario, para dar origen á la tiranía, á la anarquía y á la sedicion. Jamas fueron mis ideas sobre sistemas de gobierno, diversas de las que hoy emito. Siempre juzgué que la monarquía era el cimiento de todo buen gobierno: mientras mas identidad tenga cualquier sistema con el monárquico, mas se acercará á la perfeccion, y vice versa. Los que desean con empeño echar por tierra á la constitucion, son, es cierto, en la actualidad, poco numerosos en el pais; ¿pero quién nos puede asegurar que conservarán su minoría, cuando prevaleciéndose de la escasez, apoyándose en el descontento, pretenden derribar nuestras instituciones monárquicas? Hoy es, pues, el tiempo en que se debe combatir ese diabólico espíritu, y observar, con la mayor vigilancia, la menor tentativa que se pretenda hacer para destruir á la constitucion británica.

“Acaso es una indiscrecion en todo tiempo, y especialmente en una edad avanzada cual la mia, atraerse enemigos, ó dar á los amigos un motivo para que nos abandonen; pero si mi firme y obstinada adhesion á la constitucion inglesa me pone en tal dilema, preferirela á todo, y hasta mi postrer instante exclamaré: “¡Huid de la constitucion francesa!” “No os abandonarán los amigos!” dijo el Sr. Fox. “Sí,” continuó diciendo el Sr. Burke, sin duda habrán de abandonarme. Bien sé yo á lo que me espone mi conducta. He cumplido con mi deber á trueque de perder el afecto del objeto á quien mas aprecio; nuestra amistad ha terminado. Hasta exhalar mi postrer aliento, no cesaré de rogar encarecidamente á los dos muy honorables señores á





quienes se conoce en esta cámara como rivales, que, ora en lo sucesivo se muevan en la esfera política como dos distintos meteoros, ora con sus manos enlazadas se les vea marchar unidos como hermanos, que conserven y amen á la constitucion británica, que la liberten de toda innovacion, y la salven de las alteraciones que no se fundan sino en teorías. Solo es dado á esa infinita é inefable potencia, solo es dado á la Divinidad que con su brazo impele al cometa como si fuera un proyectil, en su curso, y le hace soportar el calor del sol y la intensa obscuridad de la tenebrosa noche, formar obras de una perfeccion infinita; en cuanto á nosotros, pobres, débiles, inhábiles mortales, no tenemos mas regla á la cual podamos normar nuestra conducta, que la esperiencia (1).”

M. Fox se puso en pie para contestar; pero las lágrimas embargaron por un rato su voz, y aun continuaron corriendo por sus mejillas algun tiempo despues de haber dado principio á su discurso. Comenzó manifestando de la manera mas apasionada el tierno afecto que profesaba á M. Burke, afecto que habia tomado origen desde la infancia, y que se habia conservado inalterable por espacio de veinticinco años; empero gradualmente se fué enseñoreando de su ánimo el asunto que iba á ocasionar la desavenencia, y aunque dió á su adversario el título de su muy honorable amigo,

(1) Deb. Parlam. XXIX, 364, 366, 380, 388; y Discurs. de Burke, IV, 3, 8, 9, 17, 23.

no hubo quien no palpase que allí quedaba terminada la amistad de ambos. Los wihgs celebraron una junta con el objeto de tomar en consideracion este gran cisma que se habia introducido en su partido, y publicaron en el Morning Chronicle (Crónica Matutina), periódico oficial de esta faccion, acerca del particular, la resolucion que copiamos.

“La grande y firme corporacion que forman los Wihgs de Inglaterra, fiel á sus principios, ha decidido en la cuestion que tiene divididos á los Sres. Fox y Burke, y declara que el primero ha sostenido las doctrinas puras que ligan entre sí á los miembros del partido, y á las cuales han normado invariablemente sus actos. La consecuencia es que M. Burke se separa del Parlamento.” M. Burke, aludiendo á esta resolucion, dijo que sabia que le habia desechado de su seno un partido, y que era demasiado avanzado para buscar refugio en otro; (1) y que aunque era sobradamente triste que á su edad le hubiese acontecido tal desgracia, tenia muy á menos retractarse ó solicitar la amistad de alguno de los miembros de la cámara perteneciente á uno ú otro bando.

Nada pudiera darse que caracterizase mejor á esos dos personajes ilustres, ni que diese mas esacta idea de las miras de los partidos que acaudillaban, que los discursos que hemos copiado. Obsérvanse en el uno impresiones fuertes,

(1) Discursos de Burke, IV, 34, 38.



tiernos afectos, pasión á la filantropía, y una vehementemente espresion, digno todo del político á quien ha denominado un hombre ilustre "el orador mas parecido á Demóstenes que haya existido desde la época de aquel filósofo." (1) Osténtanse en el otro una imaginacion ardiente, una elocuencia abrasadora, una prevision adquirida por la observacion de lo pasado, y una benevolencia que se contenia al aspecto de los males futuros. Quizá se podrá reprochar al último la suma dureza con que le hacia emitir el enojo sus verdades proféticas, y al primero, la vehemencia extrema con que enunciaba sus opiniones, vehemencia que es inseparable de las cuestiones políticas en las épocas de disturbios. Empero el tiempo, ese gran descubridor de la verdad, ha ido manifestando la exactitud ó la falsedad de una y otra de las opiniones que por ambas partes con tanta elocuencia se emitian, y ha pronunciado el fallo en favor de M. Burke.

Acaso no se encontraria en toda la historia de la prevision humana un solo caso de haberse cometido mas errores que los en que incurrió M. Fox respecto de la constitucion francesa, al decir de ella que era la obra mas admirable que hubiese producido la sabiduria en ninguna época ó nacion; que ningun temor debia tenerse de que peligrase el equilibrio del poder europeo ya que habia establecido la Francia en su seno las instituciones democráticas; y que aun cuando ese equilibrio se alterase, no debia temerse que

(1) Mackintosh.

corriese peligro alguno la libertad de Europa á consecuencia del ascendiente ó de la ambicion de la Rusia. Por otro lado, no habrá quien no perciba la extraordinaria perspicacia de M. Burke cuando no solamente predijo las consecuencias que producirian en perjuicio de la misma Francia, y de las demas potencias de Europa, las convulsiones de su suelo, sino que aun con admirable exactitud marcó esa importante distincion que existe entre las razas anglo-sajona y gálica que habitan hácia las márgenes del S. Lorenzo, y la notable diferencia de idoneidad que hay entre una y otra para vivir bajo instituciones democráticas; diferencia que no debia producir sus inevitables resultados en el trascurso de medio siglo, y de la cual empezamos apenas á percibir los ulteriores resultados.

Dotado de una perseverancia infatigable, de una firmeza á toda prueba en la consecucion de sus proyectos y dominado por una ambicion insaciable, el gobierno austriaco era el mas formidable rival con el cual tuviese que sostener por principio, la República francesa, la lucha que debia hacerse estensiva á todo el continente europeo. Este grande imperio, que por aquel tiempo contenia sobre 25 millones de habitantes, y que disponia de una renta de 90 millones de florines, contaba en el número de sus provincias á los distritos mas fértiles y ricos de Europa. La opulencia fabril de Flandes y las riquezas agrícolas de la Lombardia, proporcionaban tantos recur-



sos pecuniarios al imperio, cuanto prestaban ascendiente á sus ejércitos el valor de los Húngaros y la intrépida lealtad de los tirolese. Su posesion de los países bajos le proporcionaba un puesto avanzado, que en tiempos atras habia estado solidamente fortificado, y le ponía inmediatamente en contacto con las fronteras de la Francia, al paso que las montañas del Tirol que formaban una vasta fortaleza guarnecida por un pueblo leal y belicoso, le presentaban un angulo saliente entre la Alemania y la Italia que debió ser el seguro teatro de los venideros combates. Sus ejércitos, numerosos y perfectamente disciplinados, habian adquirido una fama imperecedera en las guerras de Maria Teresa, y ocupaban un lugar distinguido, á las ordenes de Daun y Laudohn, en las campañas científicas con el gran Federico. Su gobierno, aun cuando tenia la denominacion de monarquia, era en realidad una oligarquia que estaba en manos de la alta nobleza, y poseia toda aquella firmeza y obstinacion que siempre distinguieron á las potencias aristocraticas, y que al fin las hizo quedar triunfantes en la dilatada lucha en que poco despues se vieron empeñadas. (1)

Maria Teresa era el alma de la monarquia austriaca; su animo heróico, su sabia administracion y su carácter popular, salvaron al país de la terrible crisis que ocurrió á mediados del siglo XVIII, y sirvieron de cimiento á su actual prosperidad y grandeza cuando el advenimiento al

(1) Hard., I, 83.

trono, en 1780, de un hijo José II varió de máximas el gobierno; pareció estar á punto de extinguirse el antiguo espíritu de la monarquia. Aquel príncipe tenia un ánimo cultivado, buenas intenciones y costumbres sencillas; pero á estas buenas prendas uníanse cualidades de una naturaleza peligrosa. Ansioso por reformas, entregado á una filántropia filosófica, anhelaba por variar todo en la administracion civil, religiosa y militar de sus vastos dominios; y aguijado por sus buenos deseos, operaba imprudentemente muchas reformas que, ni eran necesarias, ni tampoco deseaban sus vasallos.

Dotado de un carácter amigo de la novedad, y entusiasta, animábanle al mismo tiempo los deseos de hacerse de nuevas posesiones territoriales y de adquirir gloria por medio de las armas. Fuertemente impresionado de la idea de lo perjudicial y dispendiosa que le era la posesion de los Países Bajos, que estaban tan espuestos á perderse por su proximidad á la Francia, que se hallaban tan distantes de los dominios hereditarios y atendidos al apoyo de Catarina, emperatriz de Rusia, de enyos ambiciosos proyectos sobre la Turquía participaba, mostrábase sumamente deseoso de incorporar la Baviera y sus considerables posesiones á sus estados, dando en cambio de ella al elector los Países Bajos y el título de rey. Inmediatamente que Federico de Prusia supo esta peligrosa proposicion, tocó al arma, y merced á su influjo se celebró un tratado en Berlin entre la Prusia, la Sajonia y Ha-



nover, que fué el último acto de aquel grande hombre, y que por algun tiempo dejó frustrando este ambicioso proyecto del Austria. Pero el gabinete imperial no perdió de vista su designio, y las tentativas que hizo para llevarlo á egecucion durante el periodo de la guerra revolucionaria, fueron como se verá en la continuacion de esta historia, el origen de calamidades sin cuento, tanto para el Austria como para las demás potencias de Europa. (1)

Las fuerzas austriacas á los principios de la guerra, ascendian á 240 mil hombres de infantería, 35 mil de caballería y 100 mil de artillería; pero la estension de aquellos estados y el genio marcial de sus habitantes, presentaban recursos inagotables para el sostenimiento de la lucha. Sincero y recto en sus principios, adicto á sus antiguas instituciones, y fuertemente dominado por la religion, el pueblo de aquellos diversos dominios tenia, á escepcion de algunas de las provincias italianas, un horror unánime á los principios republicanos de la Francia, al paso que el poder y sólido influjo de la nobleza, daban firmeza y consistencia á los esfuerzos que se hiciesen para contrastarla. Encontrábase la caballería en el mejor estado, y prestó durante la época de la guerra brillantísimos servicios; pero la infantería aunque era muy propia para combatir con armas iguales desde una posicion ventajosa, era incapaz de emprender aquellos mo-

(1) Hard., I, 32, 36.

vimientos energicos que requiere el nuevo sistema de operaciones militares, y tuvo que sufrir repetidas veces la vergüenza de que se viese á masas numerosas de ella rendir al enemigo sus armas. Dióse á las provincias de Croacia, de la Transilvania y el Bannat, que lindaba con la Turquía, una organizacion militar; instruyóse á todos sus habitantes en el manejo de las armas, lo cual ocasionó que pudiese el gobierno contar con un acopio inagotable de fuerzas irregulares. Los pobladores de la Hungia y de los Países Bajos eran lo mas selecto de la infantería, y formaban lo mejor de la guardia imperial. La caballería que estaba admirablemente montada, era muy diestra en todas las evoluciones militares, y la artillería era imponente y se hallaba bien equipada; pero los oficiales de la infantería carecian de conocimientos en el arte; y los soldados aunque tenian buena disciplina, no poseian el fuego y la viveza de las tropas francesas. (1)

Los dominios flamencos del Austria habian sido poco antes el teatro de una rebelion tan diversa de la francesa, que difícilmente se concibe como pudieron ambas operarse en países tan inmediatos uno de otro y en un mismo siglo. El emperador José II, se habia enagenado el afecto de estas provincias por el propósito que se habia formado de cambiarlas por la Baviera, proyecto que se hubiera llevado á cabo, si no hubiese intervenido por medio de la fuerza armada la Pru

(1) Harb., I, 33, 34. Jom., I, 235, 236.



sia; y despues aun mas las disgustó con algunas reformas que introdujo, las cuales estaban fundadas sobre principios filosóficos, pero eran completamente adecuadas al caracter y grado de ilustracion del pueblo. Al fin llegó el punto en que el proyecto de conceder á una colonia de genoveses y de suizos que se habia formado á las inmediaciones de Ostende, llevase el estado de cosas á su crisis. Las universidades protestaron contra la innovacion, y contestólas el soberano aboliendo las jurisdicciones dominicales, y dando autorizacion para la venta de una considerable porcion de los bienes monacales, estableciendo escuelas independientes del clero, y menoscabando los privilegios de los estados con el paso de establecer intendentes que casi invalidaban la autoridad de aquellos. Estos cambios excitaron un desafecto universal en las provincias, y dieron origen al paso (1) mas funesto de que pueda hablar la historia moderna.

Las plazas fuertes de la frontera de los Países Bajos, que á costa de tanta sangre se habian arrebatado á la Francia, y para cuya construcción se habian desembolsado tan enormes sumas, fueron demolidas, y quedó sin defensa la estension del país que ocupaban, como para invitar á los emprendedores vecinos á que lo invadiesen. No parecia sino que se imaginaba el

(1) Hard., I, 89, 90. Lac. VII, 157, 159. Vida de Napoleon, por Scott, I, 12, 13.

emperador que el enlace de su hermana María Antonieta habia hecho que la union de ambos reinos fuese perpetua, y que todo su peligro emanaba del desafecto que reinaba para con él entre sus vasallos. "La Europa, dice Jomini, vió con admiracion arrasadas aquellas fortalezas, que se habian hecho de tanta celebridad durante las guerras pasadas, por las propias manos que las construyeran; y los flamencos, á quienes antes enorgullecieron los recuerdos que á la imaginacion les traian, suspiraron al ver como el arado hacia desaparecer los vestigios de tan brillantes glorias. No tardaron los acontecimientos en poner á la vista las funestas consecuencias que debia acarrear tal medida. Los Países Bajos, destituidos de sus fortalezas, faltos de montañas y á demasiada distancia del punto céntrico del imperio para que pudiese defenderseles con buen éxito, fueron víctimas del primer impulso, y no conoció el gobierno austriaco la tendencia perjudicial de sus medidas, sino cuando supo la pérdida de aquella su antigua provincia (1)."

El descontento y la ingratitud de los flamencos affigieron de tal manera al sensible corazón de José II, que abreviaron sus dias. A su fallecimiento, que acaeció el 16 de Febrero de 1790, sucedióle su hermano Leopoldo, cuyo benigno y paternal gobierno en la Toscana habia sido de mucho tiempo atrás objeto de admiracion para todos los filósofos de Europa, pero cuyo carác-

(1) Jom. I, 159.